

Presentación “Nido de termitas gigantes” de Ana Malharro

Por Alex Margulis

Había pensado no escribir nada para hablar de este librito maravilloso y si lo digo, nomino en diminutivo es por lo cercano que se siente cuando lo lees, como que te permite entrarle por cualquier lado, sin otro ton o son que las ganas que te produzca a medida que vas hojeándolo. Pero como después de todo “Nidos de termitas gigantes” es un trabajo hecho para hacer escribir amerita ser presentado, me parece, con algo escrito especialmente para esta amable ocasión.

Entonces vamos a leer lo escrito.

Lo escrito que previamente estuvimos pensando. Yo y yo mismo, en mi mínimamente doble función de lector y escritor. Aunque quizás debería multiplicar esta caracterización al menos por tres, porque en el caso particular de mi contribución a esta obra del arte de la didáctica que hizo Ana Malharro, que se define modestamente como “maestra de escuela” en su nota introductoria, mi rol fue también el de revisor de originales, honor y lujo que paso a detallar.

La revisión de originales es lo que en los países de habla inglesa se conoce como editing. Es un primer paso ideal recomendable para el publishing. Consiste en leer la base escrita, del género que sea, revisar sus aciertos, errores o falencias y logros, también los logros, fundamentalmente los logros, para conversarlos, trabajarlos después con el autor hasta llegar al original definitivo, que el Publisher hará imprimir y circular y promocionar y vender, esos actos imprescindibles.

¿Dónde empezó esta historia que hoy es un libro?

Digamos, por ponerle un principio, en una feria de editores destinada a las bibliotecas populares de Buenos Aires que hubo en Chapadmalal. Ahí estábamos con nuestra editorial y agencia de gestión cultural Ayesha, y los bibliotecarios iban caminando para curiosear y comprar o charlar nomás. Ana Malharro pasó con Teresa Villalba, la directora de la Biblioteca Popular 9 de Julio de Castelar. Me dijo que era la coordinadora de los talleres de Escritura Creativa de la biblioteca.

Me sonó su apellido porque en la Universidad Nacional de La Plata yo había tenido a un profesor, periodista y escritor de novelas policiales, que se llamaba igual. Resultó ser el hermano de Ana y en cuanto los dos coincidimos en criticarlo, un poco chistosamente en realidad, nos caímos bien. Después ellas compraron libros. Quedamos en contacto. Después me invitaron a dar una charla sobre James Joyce también acá, en Castelar. Y después apareció un libro en potencia.

Yo no sabía qué clase de libro podía ser, pese a que ella me explicó que sería algo así como una suma de los ejercicios que daba en su taller desde hace tiempo. Cuando me envió el Word quedé bastante sorprendido. Era como haber abierto el arcón de un pirata de los de R.L. Stevenson con el mapa del tesoro cortado en pedacitos. Por donde fuera que leyeras, aparecían geniales consignas sueltas. Y además, fragmentos impecables de obras literarias disparadoras, de ellas.

Ana, que es de hablar mucho y muy rápido, se excusaba todo el tiempo por teléfono. El corazón de su excusa era que ahí no había ningún libro. Me sentí en la obligación de contradecirla a través del bosque de espinas de su verborragia. Insistía en relativizar un material muy valioso.

Desordenado, pero valioso. Yo que conozco, por vocación y profesión, como muchos escritores, lo que es hacer o padecer talleres literarios, me puse el sombrero de editor y la invité a trabajar.

Hago un aparte para situarlos en los inicios de los talleres literarios.

Por lo menos desde que tengo memoria siempre hubo grupos de personas que escriben nucleados alrededor de maestros. Personalmente, yo también hice talleres en mis inicios. Los hice con Isidoro Blaisten, Juan José Hernández, Humberto Costantini, Nicolás Bratosevich, y Beatriz Sarlo, aunque el de ella era de Crítica. Aprendí más ahí que en la universidad. Luego, desde los veintis, empecé a darlos. Particular y en la UBA, con Gloria Pampillo y Maite Alvarado.

La verdad es que entre ellos había de todo. Podría hablar muchísimo sobre todos y cada uno o una. Pero como no es el tema central de esta presentación me voy a limitar a decir que, entre tantos escritores sensibles, agudos, épicos, secretos, ensayísticos, humorísticos, pomposos y sagaces me encontré con coordinadores bruscos, impacientes, sabios, imperativos, sutiles, complacientes, dinámicos, omnívoros. Pedagógicos fueron muy raros. Lúdicos, los menos.

Como soy escritor de cuero duro, logré recibir de cada uno lo que para mí sería lo mejor, que no necesariamente era lo mismo para todos mis compañeros, entre los cuales también hubo gente que después se hizo famosa o popular o televisiva o celebrada o desconocida o premiada o nada, como suele suceder. También la hubo que se fue llorando o publicó libros, otros consiguieron pareja o se diplomaron como docentes, profesores, periodistas y también talleristas, claro.

Cierro este breve panorama previo a entrarle a las “Termitas gigantes...” diciendo que durante mi vida profesional también me tocó recibir en mis clases a escritores que llegaron muy estropeados por haber pasado por algunos talleres. Hay cierta etapa en la formación del escritor que es un poco masoquista. Un poco o muy. Y siempre viene unida al pedido más extraño que alguien podría esperar para cualquier actividad: “Decime si esto sirve o si no sirve para nada”.

La gente suele usar palabras más gruesas.

Entonces, con este haber en mi saber (con perdón de la rima y la inmodestia), fue que recibí las consignas de Ana Malharro. Y acá tengo que volver otra vez para atrás. En la sección Opinión de Clarín, Carlos Ulanovsky era editor y yo un joven escritor disfrazado de periodista. Él estaba buscando profes de escritura para la recién creada Carrera de Ciencias de la Comunicación. Me ofrecí. Le recomendé a Gloria, que se había formado en Grafein, con el olvidado Mario Tobelem.

Tobelem tenía la idea de que los textos mandaran, no los maestros. O sea, que los textos mandaran a trabajar. Porque el poder deviene, decía, de poder escribir y leer, y poder comentar. La escritura tenía que practicarse en una suerte de laboratorio. Esa enseñanza fue la base de los talleres que lanzamos masivamente en la UBA. Con el tiempo la Cátedra creció, se masificó, tuvo publicaciones, teóricos, purgas, desdoblamientos, agachadas, pero sobre todo discípulos.

En esa, la universidad pública, a mí me tocó en suerte tener como alumnos de Taller de Expresión, nombre ampuloso, a autores ya formados, que llegaron muy lejos. La lista es larga y no viene a cuento mencionar personas para no cometer olvidos. Sin haber pasado por esas aulas, según creo, lo que está publicando hoy la maestra Malharro tiene impronta para hacer su propia escuela. No me resulta difícil imaginar un segundo, un tercer volumen, por qué no una saga.

¿Pero de qué va “Nidos de termitas gigantes”?

El libro que hoy presentamos por primera vez es pretexto para disparar consignas de escritura y de leer. A mí de leerlo, de trabajarlo en su construcción hoy final, todo el tiempo me hizo sentir

ganas de escribir cada uno de sus 73 ejercicios. Su potencia es lo que un ignorante consideraría defecto: la heterogeneidad. Este libro sirve como herramienta para el docente y también puede ser leído como una novela en clave cuya trama es la pesca de perlas literarias, propias o ajenas.

Imaginen, si todavía no lo compraron, cómo está organizado. Hay varias partes que van desde la situación del lector hasta la de quien revela su cocina de autor. En el medio, ítems fundamentales, básicos, clásicos: construcción de personajes, novela familiar, lo real y lo ficticio. La numeración de los ejercicios es continua y atraviesa los capítulos. Uno de los capítulos apunta a los problemas existenciales o si prefieren, psicológicos de la situación de escribir. Todo suma.

Los ejercicios tienen un armado precioso. Primero, siempre, una frase de autor. Las conté y me perdí en la cuenta. Creo que son casi cien. Mientras lo revisábamos una y otra vez no dejaba de impresionarme la biblioteca mental de esta “maestra de escuela” que logra pescar, sea de los sagrados como Joyce o Borges o de autores contemporáneos como Mairal, De Santis o Bléfari, frases hermosas y apropiadas, de esas que te dan ganas de escribir. Motivadoras de verdad.

Oigan lo fuerte que es leerlos en el aleatorio, funcional canon: Sarmiento, Neruda, Bukowski o Gironde; Borges, Proust, Drummond de Andrade, Vitale, Pizarnik; Saer, Bradbury, Dickens, Capote, Camus. Mark Twain. También cantantes letristas le sirven de lanzadera: Andrés Calamaro, Carlos Gardel, Fito Páez. Cineastas como Ridley Scott. Es admirable la habilidad con que Ana Malharro reúne, hibridiza y siembra algo original que arma sistema en la multiplicidad.

Piglia solía decir que siempre se escribe con toda la literatura. Sin importar haber leído la totalidad, lo bueno se infiltra. Y ahora me viene, en esa línea, una metáfora líquida. Es una lava, una napa, lo que busca emerger en la cultura. Sea a través de los libros o de sus lecturas, de canciones, Internet, la tele o el cine, lo mismo que un río o un océano se esparce, indiscriminado, el arte de escribir. Este libro es como la vara del rabadomante que descubre esa agua escondida.

Castelar, 2024